

## El horizonte latinoamericano: ensayos en la revista *Nosotros*

Por Clara Alicia JALIF DE BERTRANOU\*

EN OTRA OPORTUNIDAD, en *Cuadernos Americanos*, nos hemos referido a la revista *Nosotros*.<sup>1</sup> En ese momento nuestro tema fue su primera década y las variadas y polémicas posturas acerca de la Gran Guerra, además de referirnos a otros aspectos destacables.<sup>2</sup> Quisiéramos ahora dar a conocer cuál fue el hontanar latinoamericano en su segunda década, donde se presentaron opiniones referidas al papel del intelectual y a la situación cultural, política y social de otros países hermanos. La revista, creada en 1907, cuya vida se extendió hasta 1943, puso en circulación el pensamiento de importantes figuras nacionales, pero siempre estuvo alerta a lo que sucedía más allá de sus fronteras para evaluar ese otro acontecer. Al mismo tiempo, se ocupaba de publicar páginas de la intelectualidad continental, como así también de dar cuenta de publicaciones muy diversas que aparecían prefe-

---

\* Docente e investigadora de la Universidad Nacional de Cuyo y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina; e-mail: <cajalif@gmail.com>.

<sup>1</sup> *Nosotros. Revista mensual de letras, arte, historia, filosofía y ciencias sociales* (Buenos Aires), primera época (1° de agosto de 1907/abril-diciembre de 1934); segunda época (abril de 1936/diciembre de 1943). La revista tuvo algunas interrupciones más breves, entre mayo de 1910 y marzo de 1911; entre agosto y octubre de 1912; entre agosto de 1940 y mayo de 1941. Véase Elena Ardissonne y Nélida Salvador, comps., *Bibliografía de la revista Nosotros, 1907-1943*, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1971 (*Bibliografía argentina de artes y letras*, compilación esp., núms. 39-42), 700 págs. Los fundadores: Alfredo Bianchi nacido en Rosario, Argentina, el 6 de abril de 1882 y fallecido en Buenos Aires el 23 de noviembre de 1942; y Roberto Giusti, nacido en Lecce, Italia, el 10 de marzo de 1887, nacionalizado argentino y fallecido en Buenos Aires en 1978.

<sup>2</sup> Clara Alicia Jalif de Bertranou, “Diez años de la cultura argentina del Centenario a través de la revista *Nosotros*: opiniones sobre la Primera Guerra”, en *Cuadernos Americanos*, núm. 120 (abril-junio del 2007), pp. 89-104. Trabajo incluido en Clara Alicia Jalif de Bertranou, comp., *Argentina en el espejo: sujeto, nación y existencia en el medio siglo (1900-1950)*, Mendoza, Argentina, EDIUNC, 2006 (impreso en 2007). En otras oportunidades hemos publicado temas referidos a la misma revista: cf. “*Nosotros* en el amanecer de su segunda década”, en Clara Alicia Jalif de Bertranou, ed., *Argentina, entre el optimismo y el desencanto*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 2007 (*Col. Cuadernos de Cuyo*), pp. 39-61; “Cinco artículos de Alejandro Korn en la Revista *Nosotros*: homenaje a 70 años de su muerte”, *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana* (Universidad Nacional de Cuyo), vol. 23 (2006) (impreso en 2007), pp. 269-287; “Alejandro Korn en la revista *Nosotros*: lecciones del pasado, aportes al presente”, *Estudios de filosofía práctica e historia de las ideas* (Mendoza, CONICET/CRICYT), año 8, núm. 9 (2007), pp. 89-104; “*Nosotros* y el americanismo en la década del 20”, en prensa.

rentemente en América Latina. Este aspecto no es menor si se piensa que transparenta una red intelectual que había puesto, desde sus inicios, el intercambio de la producción de libros como una de sus metas.

*Las funciones del intelectual*

*NOSOTROS* fue una intermediaria cultural destinada a un público lector amplio, abierta en sus posturas pero con una línea definidamente progresista, dentro de ciertas limitaciones. No sorprende entonces que al iniciar los años veinte y acabada la cruel guerra, se preguntase nuevamente por las funciones del intelectual. De este modo juzgó oportuno reproducir un artículo firmado por el periodista, político y literato español Luis Araquistain (Santander, 1886-Ginebra, 1959), publicado en Madrid por su revista *España* —que había fundado en 1916—, titulado “Los escritores y la política”, tema siempre candente ante la pregunta por el papel del intelectual, que en España era, por antonomasia, el escritor.<sup>3</sup> Sentaba que todo hombre, fuese o no escritor, tenía la obligación de intervenir en política para el perfeccionamiento de la vida social, pero que resultaba estéril hacerlo en soledad. Por otro lado, en el país encontraba dos tipos de escritores con relación a los partidos políticos: los que sin más —especialmente en el siglo XIX— habían buscado el amparo del poder prestando ornato a cambio de “cómodos empleos”, y aquellos que —más nuevos en el escenario—, desdeñaban los partidos políticos por temor a perder su libertad. Araquistain consideraba que un partido político no era ni más ni menos que una agrupación humana como otras, en la cual el ser humano estaba obligado a defender su personalidad y a procurar imponerla “para prestar su esfuerzo a la nueva fábrica del mundo”. Esto no implicaba que el escritor debiera buscar la representación parlamentaria porque eran “dos formas de actividad mental penosamente conciliables [...] El parlamentarismo es una técnica difícil, como lo es la de escribir, y del mismo modo que suele parecernos risible, en general, lo que escribe un gran orador, nos suena a ineficaz y extemporánea la oratoria de un escritor”. Entre el público era un error grave y extendido creer que el talento de uno servía para la función del otro. La misión del escritor consistía en averiguar cómo era la sociedad y hacia dónde debía ir,

<sup>3</sup> Luis Araquistain, “Los escritores y la política”, *Nosotros*, año XIV, vol. 35, núm. 132 (mayo de 1920), pp. 118-122. El autor residió en Argentina por un tiempo, hasta 1908. Propugnó la revolución socialista y fue miembro de la facción bolchevique del PSOE, en España. Participó como director del semanario *Claridad* y, en 1934, fundó la revista *Leviatán*.

pero correspondía al político conducirla: “El escritor es vigía; el político militante, timonel [...] Ni en política, donde se burlan todos los principios, es posible burlar el de la división del trabajo”.

Si aquélla había sido la opinión tomada de una revista española, cuyo interés iba más allá de sus ámbitos, unos años más tarde *Nosotros* publicaba la del ensayista, sociólogo e historiador venezolano Mariano Picón Salas (1901-1965). Debido a la dictadura gomecista, entre 1923 y 1936 Picón Salas residió en Santiago de Chile y se incorporó plenamente a la vida cultural de su lugar de exilio. Allí escribió en 1924 “Los intelectuales ante los problemas de nuestras democracias”. Su elegante prosa señaló el desinterés por las cuestiones propias de la historia intelectual y cultural del continente, cuyos sujetos buscaron en el ensimismamiento de la torre de marfil o en la genuflexa postura ante el poder, los cauces para el ejercicio intelectual, que poca relación guardaba con la realidad circundante. La mirada sobre París o el último grito de la moda había hecho que ellos derrocharan su propio espíritu:

Indigna la indiferencia con que han permanecido fríos e inmóviles en la helada torre de su esteticismo ante las vicisitudes y problemas que han conmovido a sus pueblos [...]

Ante casos así cabría pensar que no son letras o artes lo que más necesitamos en algunos pueblos de América, sino principios, moralidad, conceptos trascendentales.<sup>4</sup>

Pero agregaba que virtuoso o no, aunque fuese por simple hábito, debía respetarse, como en Europa, “la conservación y el decoro de ciertas instituciones”, en lugar de trasladar a “nuestra América salvaje” el tedio, “el refinamiento sutil” y “las extravagancias” de “pueblos fatigados”. Distinto había sido el caso de Francisco Bilbao, que predicó en Chile lo que había aprendido de renovación “social y religiosa” en el París de 1848.

De aquellas peregrinaciones a la Meca de las modas e imposturas adoptadas, faltó para Picón Salas la voz de un Sarmiento, de un Bello, de un Lastarria, de un Alberdi, de un Martí o de un Rodó, que en los años sucesivos orientasen, con “una cultura metódica la indisciplina de la raza”. Y es aquí donde fijaba, además, la función del intelectual para la cooperación frente al avance cosmopolita en algunos países y el freno ante la usurpación que tentaba a los imperialismos en otros, para afirmar que en todos esa función debía estar para educar a las

<sup>4</sup> Mariano Picón Salas, “Los intelectuales ante los problemas de nuestras democracias”, *Nosotros*, año xvii, vol. 46, núm. 176 (enero de 1924), pp. 84-93, esp. 86.

grandes masas analfabetas diseminadas en “inmensos territorios bárbaros”: “Educar, pues, corresponde a los intelectuales de América. ¡Que salga el arte de las capillas herméticas donde los iniciados lo ocultan como una religión prohibida!”. Palabras exhortativas que completaba con una apreciación positiva: “los grandes hombres y las grandes ideas hispano-americanas, han aquilatado en nosotros el orgullo de nuestra conciencia colectiva”. Al fin y al cabo nuestro lugar de sanación —ese Viejo Continente— había demostrado que también necesitaba cura y medicinas, “acaso más eficaces para su decadencia senil de veinte siglos de cultura”.

### *Latinoamérica bajo la mirada de Nosotros*

EN materia política fueron frecuentes los artículos que la revista ofreció, de los cuales también hemos dado noticias oportunamente. Su afianzamiento como publicación mensual era un hecho, pese a los avatares suscitados por cuestiones económicas y la elevación de los costos de impresión, derivada de la misma guerra y la poca industrialización del país. Una situación que afectaba no sólo a la revista, sino a toda publicación o empresa editorial.

La compleja y accidentada marcha de la Revolución Mexicana tenía su espacio en *Nosotros*, a pesar de que muchas veces no se conocía en sus detalles, pero la adhesión a la misma era incuestionable en sus principios. El escritor argentino Bernardo González Arrili se refirió al asesinato del presidente de la “desdichada república amiga y hermana”, el mexicano Venustiano Carranza (1859-1920).<sup>5</sup> Para ello reprodujo lo que había escrito en abril de 1917 cuando fue elegido presidente, donde destacaba los valores del nuevo mandatario, “que no era abogado, ni militar, ni político”, era un ciudadano con un pasado limpio de máculas criminales, de camarillas, de un historial enlodado. Carranza había dado lugar a un proyecto de democratización con libertades que no conocían los ciudadanos, había reformado la Constitución (31 de enero de 1917), modelo único en América Latina según González Arrili, para resolver acertadamente grandes problemas: la cuestión obrera, la agraria y el “clericalismo”; la relación con Estados

<sup>5</sup> Bernardo González Arrili, “Carranza”, *Nosotros*, año XIV, vol. 35, núm. 133 (junio de 1920), pp. 236-241. Pese a la afirmación del escritor, Carranza fue un político y militar que estuvo unido a la Revolución Mexicana desde sus primeros momentos, cuando se desempeñó como ministro de Guerra y Marina en el gabinete de Francisco I. Madero (1911). González Arrili nació en Buenos Aires en 1892. Fue profesor de historia en colegios nacionales y escritor.

Unidos de “una manera digna”; los constantes focos de conflictos por cuestiones petroleras, en manos extranjeras; la posición neutral en la Primera Guerra Mundial, más allá de otros que el país no había percibido en su resolución. Pero las resistencias que había encontrado por parte del porfirismo y de “los plutócratas del gobierno norteamericano [...] rapiñadores de oficio” obligaron a su huida, sin que aceptara salir de las fronteras —tal como Manuel Obregón le ofreció—, hasta que fue cobardemente asesinado:

Inútil patriotismo, fe, amor a la justicia, cariño por el pobre, seguridad en el fin, ansias de libertad, honradez, hombría... Todo inútil. Cuando quiso rematar la obra, que apenas cimentó, lo derrumbó con estruendo la baja escoria que en los pueblos se desborda frente a lo justo, de una manera tristemente fatal.

[...] mientras espera [Carranza, desde la eternidad], como esperamos nosotros, que se alce en México otro hombre igual a este hombre, continuador de su obra, libertador de un pueblo, y escarmiento de estos traficantes que igual comercian en carne de mujer que en carne de patria!<sup>6</sup>

Poco tiempo después, la insigne poeta chilena Gabriela Mistral (1889-1957) —que en 1922 había sido invitada por José Vasconcelos a participar de las reformas educativas del gobierno— escribía desde México una nota fechada en 1923, con el título “El presidente Obregón y la situación de México”.<sup>7</sup> Reflejaba su impresión personal de este general de cuarenta años, “inteligente” y “vivaz”, de palabra sobria y pausada, que “viste con una sencillez que llamaremos de presidente norteamericano, porque en los de nuestra América, especialmente en los generales, no abunda esta virtud externa”. Hablaba Álvaro Obregón con sana ironía —“muy de su raza”—, y se mostraba enteramente alejado de aquel prototípico presidente sin cultura y vanidoso, que el español Vicente Blasco Ibáñez (1867-1923) “inventó en su libro unilateral y sin hidalguía sobre México, obra, dicho sea de paso, de sensacionalismo, hábilmente destinada al público de Nueva York”, escribe la chilena.<sup>8</sup>

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 241.

<sup>7</sup> Gabriela Mistral, “El presidente Obregón y la situación de México”, *Nosotros*, año xvii, vol. 44, núm. 170 (julio de 1923), pp. 307-313. A la muerte de Carranza, Álvaro Obregón (1880-1928) le sucedió en 1920. Ocupó la presidencia hasta 1924. Fue asesinado por un fanático católico, José de León Toral, en medio de un banquete.

<sup>8</sup> *Ibid.* El prolífico escritor Vicente Blasco Ibáñez —afecto a la notoriedad—, residió en Argentina y a propósito de ello escribió *Argentina y sus grandezas*, Madrid, Editorial Española Americana, 1910; no obstante, sus proyectos fracasaron. De su estadía en Estados Unidos y México, entre 1919 y 1920, resultaron algunos escritos que fueron

En su vida austera, bajo la mirada de la autora, tres eran las obras más destacables que Obregón había realizado: la reforma agraria, el proyecto educacional y las decisiones sobre la nacionalización del petróleo. Mediante la cuestión de la tierra, la pequeña propiedad traería paz y prosperidad al “indio” para sentir “la *patria hecha madre de verdad*”.<sup>9</sup> Se convertiría así en ciudadano, mediante el sufragio, y haría propios los intereses económicos nacionales. Ésta era una cuestión nueva en el continente, por lo que México abría un camino que, si bien podría ser perfectible, sería “glorioso”. En este sentido afirmaba que aunque en el Viejo Continente se había avanzado, “nunca nos cansaremos de decir que la experiencia europea rara vez sirve para la América, por tratarse de campos radicalmente diversos”. Por otro lado, el obrero industrial había mejorado su situación de modo “notable”, y se discutía un código de trabajo nuevo, basado en la experiencia de otros países.

Se aspiraba a la reforma educacional —mediante las ideas pedagógicas más avanzadas en el mundo— basada en el énfasis puesto en la enseñanza primaria, especialmente del “indio”, “radicalmente práctica” —una vez más usaba la poeta el mismo adjetivo fuerte—, con el fin de hacer del país “una nación industrial de primer orden”. Era un modo de detener “la invasión política” con “la invasión económica”. Gabriela Mistral decía: “Ojalá todos los pueblos se impusieran al respeto de los demás con una obra semejante; ojalá, para la clasificación de los valores de las naciones, una labor educacional de esta magnitud fuese más tomada en cuenta que el tonelaje de las naves de guerra”. Con esta obra podría llamársele a Obregón del mismo modo que se le llamó a Sarmiento: “*Presidente civilizador*” y agregaba: “Esto por sí solo destruirá la leyenda del militarismo de México, país que ni siquiera tiene servicio militar obligatorio”.<sup>10</sup>

En cuanto al petróleo, que ya era un recurso estratégico sometido a todo tipo de apetencias innobles por parte de compañías explotadoras y países extorsionadores, México tenía su riqueza y, también, su desgracia por la voracidad del vecino del Norte:

---

injuriosos para esta última nación: *El militarismo mejicano: estudios publicados en los principales diarios de Estados Unidos*, Valencia, Prometeo, 1920. El mismo año había aparecido antes en inglés con el título *Mexico in Revolution*, Arthur Livingston y José Padín, trads., Nueva York, E.P. Dutton & Company, 1920.

<sup>9</sup> Mistral, “El presidente Obregón y la situación de México” [n. 7]. Las cursivas son de la autora.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 311. Las cursivas son de la autora.

Las dificultades con Estados Unidos se hacen agudas desde el nacimiento de tal industria en México. Se han agravado, como es natural, por los antecedentes dolorosos del odio justo que la guerra de Texas dejó en la lacerada nación mexicana que tras de una lucha breve, se anexó *un tercio del territorio*, en medio del silencio cobarde de los otros países y con la sencillez con que se anexan cien kilómetros cuadrados.<sup>11</sup>

La “crítica amarga” e ilícita que se hacía a Obregón abarcaba esta cuestión por la decisión de su nacionalización, de donde lograba “casi el presupuesto nacional”. Aun así, las compañías obtenían ganancias enormes y la escritora señalaba el derecho proteccionista que le asistía, como a cualquier país del mundo después de la guerra. La mirada del estadista —interpretaba Gabriela Mistral— iba más allá porque “el quebrantamiento de su país ante la acción económica de Estados Unidos (quebrantamiento que ya se ha consumado en la América Central y en las Antillas), sería fatal para los países del Sur”. Cuestión que los “países hermanos” no reconocían justicieramente en sus dimensiones reales.

Además del reconocimiento por su sentido práctico y por sus cualidades personales, Gabriela sintetizaba con fuerte admiración las características de mandatario de Obregón: “energía revolucionaria; sensatez de organizador; lealtad hacia la democracia que fue su bandera, y política hispanoamericanista de hombre fiel a su raza”.<sup>12</sup>

Contrastante con este optimismo, México volverá a aparecer en *Nosotros* cuando José Ingenieros (1877-1925) escribió “En memoria de Felipe Carrillo” (1872-1924), el ex gobernador constitucional de Yucatán y primer mandatario de orientación socialista, “llevado al poder por un pueblo de nuestra América Latina”.<sup>13</sup> El tenor de sus palabras era grave y transmitía el pesar por las dificultades con que se desarrollaba la Revolución Mexicana frente a la ignominia de los adversarios al cambio. Una amistad epistolar, comenzada por el mismo Carrillo en 1921, había sido la vía para apreciar los propósitos y la resuelta personalidad del político mexicano, cuyos fines se articulaban con los mismos ideales de reforma social de Ingenieros.<sup>14</sup> Una reforma que hundiría su faz más resistida y, al mismo tiempo, más beneficiosa

<sup>11</sup> *Ibid.* Las cursivas son de la autora.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 313.

<sup>13</sup> José Ingenieros, “En memoria de Felipe Carrillo”, *Nosotros*, año XVIII, vol. 47, núm. 181 (junio de 1924), pp. 137-152.

<sup>14</sup> Ingenieros decía haberle enviado a Carrillo algunos de sus libros, que le fueron retribuidos con publicaciones mexicanas, especialmente yucatecas, además de haberle remitido cartas dándole su parecer sobre las acciones políticas; véase *ibid.*, pp. 138 y 141.

para una nación latifundista: la cuestión de la tenencia y explotación de la tierra en Yucatán, además de la imprescindible tarea educativa para combatir el analfabetismo.

Carrillo, dirigente campesino, había ganado con el apoyo de los jornaleros mayas de las haciendas, mediante la creación del Partido Socialista del Sudeste —adherido a la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM)—, bajo el lema “Tierra y Libertad”, con el propósito de repartir tierras e impulsar la organización y la participación sindical. Acción que ya tenía antecedentes en la nación:

La inclinación hacia el socialismo agrario no es, en México, el resultado de una ideología doctrinaria que intenta violentar la realidad social, sino que emerge de las condiciones mismas de esa realidad, a punto de que cualquiera otra política resultaría allí inadecuada a las necesidades efectivas de la casi totalidad del pueblo mexicano [...]

País esencialmente agrario, como muchos de nuestra América Latina, su socialismo ha brotado como una reivindicación de la tierra por la masa nativa, despojada por acaparadores latifundistas; su semejanza con el problema de Rusia es grandísima y la visión realista del remedio no es otra que la señalada hace un siglo en la Argentina por Rivadavia.<sup>15</sup>

Esta reforma le recordaba a Ingenieros “los célebres proyectos de enfiteusis agraria que honran a nuestro genial Rivadavia”, observación que reiterará en el escrito, aunque cualquier análisis de este periodo histórico difícilmente podría arrojar alguna semejanza con la Revolución Mexicana.

Las importantes medidas adoptadas por Carrillo tocaban intereses poderosos que provocaron la reacción de sectores conservadores, reflejo de lo que acontecía a nivel nacional con la presidencia de Obregón, encabezados por Adolfo de la Huerta, su propio ministro de Hacienda, opuestos a la candidatura presidencial de Plutarco Elías Calles. El resultado fue la guerra civil, de la que resultó víctima Carrillo al ser fusilado junto a sus compañeros, “apóstol de las masas agrarias”, homenajeado ahora por Ingenieros:

Con estas páginas de evocación, escritas sencillamente, como él las hubiera deseado, quiero señalar a la nueva generación de América Latina esta figura de precursor humilde, más digna de recuerdo continental que muchos políticos cuya personalidad se encumbra sobre la tiranía política, la guerra civil o la injusticia social.<sup>16</sup>

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 142.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 152.

La respetada personalidad de José Vasconcelos había recibido una cálida recepción al visitar Argentina por parte de *Nosotros*, con una importante lista de oradores, encabezados por Ingenieros, con su conocido discurso “Por la unión Latino-americana”.<sup>17</sup> En un volumen posterior recibía un recuerdo pleno de admiración por parte del escritor dominicano Manuel Cestero, en su artículo titulado simplemente “José Vasconcelos”, redactado en una noche de invierno de 1924, poco antes de la renuncia de Vasconcelos al cargo de secretario de Educación Pública de México, debida a razones obviamente políticas.<sup>18</sup> Al final de dicho artículo se aclaraban esas circunstancias. El escrito tiene la marca íntima de quien ha compartido momentos amigables y cordiales, donde se recuerdan conversaciones y hechos familiares y, al mismo tiempo, la acción pública. Del camino hasta su casa en Tacubaya, del recibimiento de los hijos, de la cena frugal pero sabrosa, de sus horas de descanso, pasaba a destacar sus empeños obsesivos por la educación y el adelanto en materia de edificios escolares, con un estilo arquitectónico de acuerdo con la vieja “tradición colonial y no según el gusto corrompido prerrevolucionario, cuando todo se encomendaba a extranjeros”. Para el autor, él era el alma del movimiento intelectual de su país, no de un renacimiento, como solía decirse, porque en este caso no cabía, pues sólo renacía lo que alguna vez había tenido vida, y aquí todo era nuevo para la conquista de un ideal: “Ante los problemas del mundo asume la actitud de un moderno Quijote”, sin desentenderse de lo que sucedía en otros pueblos hispanoamericanos al tiempo que continuaba con su obra escrita, según su anunciado libro *Estética fundamental*; mención con la que finalizaba el autor.<sup>19</sup>

Sin embargo, la figura de Vasconcelos a pesar del respeto que se le tenía en los países del Río de la Plata, tal como se constata, no fue obstáculo para la observación crítica. Desde Montevideo J. Oscar Cosco Montaldo escribió una nota titulada “El Uruguay desfigurado a través de Vasconcelos: observaciones al margen de *La raza cósmica*”, libro al que consideró “contradictorio y desconcertante”, cuya autoría era “del corifeo máximo del nuevo evangelio laico en que se adoctrinan las juventudes latinoamericanas”.<sup>20</sup>

<sup>17</sup> Los discursos fueron publicados en *Nosotros*, año xvi, vol. 42, núm. 161 (octubre de 1922), pp. 145-158 y 242-251. Hemos hecho las referencias del caso en nuestro trabajo “*Nosotros* y el americanismo en la década del 20” [n. 2].

<sup>18</sup> Manuel Cestero, “José Vasconcelos”, *Nosotros*, año xviii, vol. 48, núm. 187 (diciembre de 1924), pp. 409-414.

<sup>19</sup> Cf. José Vasconcelos, *Estética*, México, Botas, 1935.

<sup>20</sup> J. Oscar Cosco Montaldo, “El Uruguay desfigurado a través de Vasconcelos: observaciones al margen de *La raza cósmica*”, *Nosotros*, año xx, vol. 53, núm. 207

Tres aspectos cubría el artículo de Cosco Montaldo, subdividido en varias secciones: “La misión de la raza cósmica”, “La cuestión agraria” y “La responsabilidad del Partido Colorado o gubernista, frente a la cuestión agraria”. El primero servía de introducción al tema para recordar la tesis principal de la obra vasconceliana, a la que calificaba de “primer ensayo científico tendiente a construir una doctrina sociológica de sólidos fundamentos”, sobre la cual podría asentarse el latinoamericanismo, tanto ideológica como prácticamente. Sin embargo, el propósito era discutir las afirmaciones “erróneas” y “contradictorias” de Vasconcelos —“el eminente escritor mejicano”— sobre el Uruguay, con el fin de evitarlas especialmente entre “correligionarios” de una causa común y para que no surgieran “discrepancias accidentales”. Más allá de los aciertos descriptivos, el autor juzgaba que no sucedía lo mismo acerca de los fenómenos políticos complejos, que el mexicano parecía desconocer. La cuestión agraria en Argentina y lo que se había dado en el Uruguay respecto del latifundismo no guardaba parangón con lo que sucedía en el país azteca. Problemas distintos según el suelo y la historia. Mientras en México el fenómeno arrastraba antecedentes desde “el coloniaje” —con la asociación de la representación monárquica y el clero, en alianza para la concentración de la propiedad agraria, del comercio y de los bienes, ocasionando una raquílica economía, acentuada por el caudillismo, como el de Porfirio Díaz—, en la Argentina algo semejante había ocurrido “en los comienzos”, aunque la reforma había “operado evolutiva y pacíficamente”, pero sólo en el aspecto político. Al llegar el llamado periodo de la “anarquía” había existido un “verdadero feudalismo”, causa del caudillismo y de la concentración económica y política, donde Juan Manuel de Rosas le habría dado organicidad a ese feudalismo. Más tarde, con el flujo migratorio, el latifundio se habría trocado en el “régimen agro-pecuario industrializado”. Régimen que subsistía, según el autor, hasta sus días. Rivadavia habría sido el único en intentar una reforma agraria sin que nadie comprendiera la “iniciativa magnífica”. Una coincidencia con la expresión de Ingenieros, tal como vimos arriba.

Cosa muy distinta había ocurrido en Uruguay, donde de la independencia se había pasado a la “organización definitiva del gobierno”. La centralización del poder político legal había evitado el caudillismo y el feudalismo. Tampoco había tenido carácter de lucha de clases por-

---

(agosto de 1926), pp. 494-516. El autor, nacido en Uruguay, fue presidente de la Asociación Universitaria de Montevideo. Escribió el libro *El Uruguay, su democracia y su vida política: refutando a d. José Vasconcelos*, Montevideo, Palacio del Libro, 1926. Por sus críticas, Vasconcelos suprimió los capítulos sobre Uruguay en sus obras posteriores.

que los levantamientos no habían respondido a una organización de intereses, sofocados “definitivamente” después de 1904, según juzgaba el autor.

Con el nacimiento de los dos partidos políticos, el Colorado y el Blanco, el primero debió abocarse a cuestiones urgentes, como la pacificación encarada por José Batlle y Ordóñez (1856-1929) durante su primera presidencia, y la tarea de progreso que era necesaria. Esto había motivado, según escribía Cosco Montaldo, la postergación de una reforma agraria. La división interna del Partido Colorado había determinado la separación de los elementos más conservadores dentro de sus filas, bajo el liderazgo de Batlle, por lo que la apreciación de Vasconcelos sobre esta fuerza política le resultaba insostenible al autor. Uruguay no era un país “reaccionario” porque había constituido la avanzada latinoamericana al establecer conquistas —que se encargaba de puntualizar—, antes que la propia Revolución Mexicana las plantease. No negaba su pertenencia a las filas del batllismo, pero aun reconociendo la tarea que restaba, entendía que tildar de “ogro y de tirano civil” al estadista era un error grave, hecho de mala y tendenciosa información. Información contrastante con los elogios que prodigaba el ilustre pensador al Uruguay como “iniciador de la prédica hispanoamericana”, entre otras alabanzas. Para Cosco Montaldo, el espíritu de Vasconcelos oscilaba según su emotividad, pero nunca se colocaba en el justo medio. Sin embargo, estas puntualizaciones críticas no invalidaban los ideales comunes en el “anhelo infinito de justicia social”, mas era preciso no derrumbar lo alcanzado mediante apreciaciones desacertadas.

La personalidad de Batlle y Ordóñez volverá a aparecer en las páginas de *Nosotros*, ahora merced a la pluma de Ramón Francisco Mazzoni (Uruguay, 1883-1978) en “La democracia a través de un hombre”,<sup>21</sup> capítulo de un libro, escrito en colaboración, que aparecería en Montevideo donde se habla asimismo de sus condiciones políticas. Folco Testena (Italia, 1875-Argentina, 1951) ya se había ocupado de Batlle y Ordóñez en 1918 con la colaboración “El innovador, José Batlle y Ordóñez”, a raíz de su plan de reformas políticas y sociales.<sup>22</sup>

<sup>21</sup> R. Francisco Mazzoni, “La democracia a través de un hombre”, *Nosotros*, año xxii, vol. 60 (mayo de 1928), pp. 216-223. Mazzoni fue escritor, periodista, historiador, literato y pedagogo. En 1904 vivió en Argentina e hizo estudios en Buenos Aires y La Plata. Amante de la ciencia, en 1917 se instaló en el Departamento de Maldonado, en su natal Uruguay, donde fue director del Liceo Departamental y realizó amplia labor.

<sup>22</sup> Folco Testena (pseudónimo de Comunardo Braccialarghe), “El innovador, José Batlle y Ordóñez”, *Nosotros*, año xii, vol. 28, núm. 108 (abril de 1918), pp. 455-462.

La dictadura de Leguía en el Perú determinó el exilio de muchos ciudadanos por sus ideas, especialmente socialistas. La publicación *Renovación*—creada en Argentina en 1922 por el mismo Ingenieros, Manuel Seoane, Arturo Orzábal Quintana y Gabriel Moreau, entre otros, más tarde Órgano de la Unión Latinoamericana— publicó un editorial titulado “Leguía”, que *Nosotros* reprodujo “a propósito de las fiestas de Ayacucho y del tiranuelo Leguía”.<sup>23</sup> En la misma aparecen abrevados los anhelos de Ingenieros, con su énfasis en las “fuerzas morales”, motivados por la vergonzosa conmemoración de la batalla que “consagró definitivamente la independencia de Nuestra América”. Augusto Leguía (1863-1932) había ocupado la presidencia entre 1908 y 1912 pero, retornado al poder a partir de 1918, había implantado un régimen dictatorial que habría de durar hasta 1929 y que produjo una diáspora de intelectuales, estudiantes y ciudadanos opositores: “la voz de los desterrados vibra, desde el Río Bravo hasta Magallanes, su protesta altiva y digna”.

La conmemoración del centenario de la Batalla de Ayacucho, que puso fin al dominio colonial español en la región el 9 de diciembre de 1824, concitó a un grupo de invitados por el dictador, ante lo cual la editorial se expresaba acremente:

No confunda el tiranuelo del Perú las loas obligadas de las delegaciones oficiales con la opinión pública de la América Latina [...]

No se equivoque el tiranuelo al creer que le rodea la intelectualidad americana por que [*sic*] ha tomado asiento a su mantel oficial una docena de poetas que se han sentado a otros manteles tan poco limpios como el suyo. No están allí las grandes voces que tienen autoridad moral en América.<sup>24</sup>

Se agregaba que habían faltado figuras tan representativas como Enrique José Varona, José Ingenieros, José Vasconcelos, Alfredo L. Palacios, Carlos Vaz Ferreira, Rufino Blanco Fombona, Francisco García Calderón, Ricardo Rojas, Enrique Molina, entre otros, que no habían manejado el “incensario” ante ningún tirano. Tampoco Unamuno asistió. Su moral se los impedía. Y ahondando en la idea, se decía que las “fuerzas morales” del continente rechazaban a Leguía, como a los “tiranuelos” de Bolivia y los “sátrapas dictatoriales de Chile y de Espa-

---

Testena había nacido en Italia en 1875. Residió en Buenos Aires, donde falleció en 1951. Después de militar en el socialismo, adhirió al fascismo. Realizó una traducción italiana del *Martín Fierro*, que fue muy apreciada en su momento.

<sup>23</sup> Editorial, “Leguía”, *Nosotros*, año XVIII, vol. 48, núm. 187 (diciembre de 1924), pp. 512-513.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 513.

ña”. Las fuerzas morales, animadas por la juventud para hacer regir los “ideales cívicos pacifistas”, comenzaban a tomar forma en las conciencias y por tal motivo la editorial hacía votos para que aquellos exiliados pudiesen regresar pronto a su patria, a trabajar hermanadamente con otros países de América Latina sobre la justicia social del pueblo.

La visita del escritor colombiano Baldomero Sanín Cano (1861-1957) dio lugar a una demostración social para darle la bienvenida.<sup>25</sup> Roberto Giusti estuvo a cargo de la presentación para saludar a un “hijo de América” que no temía a la democracia ni a las libertades. Si bien había condenado sus errores, nunca había renegado de ellas. Los valores “caducos de Europa, sus extravíos presentes” no alucinaban al visitante, que siempre había sido censor de las venalidades de la prensa, del militarismo, de la especulación financiera, de la inmoralidad y frivolidad reinantes. Giusti reconocía en el visitante la conjunción de la alta cultura de “estirpe hispana” con la “seriedad y solidez del raciocinio” inglés, bebido durante su larga residencia en Londres. Finalmente, reconocía en Sanín Cano las dotes de un maestro a la altura de Rodó.

El escritor había vivido en la capital británica entre 1909 y 1922 y, aunque con interrupciones, también en Buenos Aires entre 1925 y 1935. Manejaba distintas lenguas y poseía una cultura tan amplia como para sobrepasar la labor simplemente periodística, a la que dedicó gran parte de su tiempo.

La respuesta de Sanín Cano, plena de fina ironía, fue una negación de todos los elogios prodigados. Él era, en efecto, alguien que no tenía rival, pues nunca había escrito versos, novelas, dramas; tampoco tenía rival por sus ensayos porque nadie había perdido el sueño leyéndolos, ni era un filósofo porque consideraba “plausibles todos los sistemas filosóficos”: “La naturaleza, decía, me ha concedido otra originalidad. En mí, en vez de reunirse un número considerable de talentos, se han reunido una cantidad respetable de carencias”.<sup>26</sup> Afirmaba que, en todo caso, su “exuberante esterilidad literaria” y “aridez” habían servido de incitación a “ciertos espíritus selectos”, como José Asunción Silva y Guillermo Valencia, aunque no necesitaban de estímulos externos. Por último, y tras agradecer a la revista “por su papel en la cultura del continente” y a sus miembros, se disculpaba de su temor o timidez, que con emoción se había convertido en “pavor”.

<sup>25</sup> Roberto Giusti, “Nuestra demostración a Sanín Cano”, *Nosotros*, año XIX, vol. 49, núm. 191 (abril de 1925), pp. 510-516.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 515.

El privilegio de tener a Alfonso Reyes como embajador de México en Argentina, dio lugar la noche del 24 de agosto de 1927 a un homenaje por parte de *Nosotros*.<sup>27</sup> Con la presencia del ministro de Instrucción Pública, Antonio Sagarna, Ricardo Rojas —a la sazón rector de la Universidad de Buenos Aires—, fue el encargado de dar las primeras palabras de salutación. Lo hacía Rojas como un escritor que se dirigía a otro escritor que, además de un representante diplomático, era “un mensajero espiritual de su patria”, después de haber tenido muy cercanamente a Amado Nervo con la misma investidura. Expresaba Rojas que hasta no hacía mucho México había sido para nosotros una “comarca de leyenda”, que evocaba “al Anahuac de los templos indios [...] o a la Nueva España de los templos cristianos como [...] transplante del Renacimiento; o a la nación moderna que sangró durante un siglo entre revueltas, invasiones y tiranías”. Sin embargo, en el momento ya sabíamos que México constituía la avanzada de nuestra América Latina y era sobre todo un campo de experimento que interesaba a todas las naciones “de nuestra raza”. Esto es lo que se había comprendido con los escritores que había enviado a sus legaciones y lo que permitía decir al escritor argentino que de una “expresión geográfica” de la América española se estaba pasando a una “expresión cultural”. Reyes tenía una misión histórica en los destinos del continente, no sólo por sus dotes intelectuales y artísticas, sino también por “su sentido práctico de hombre moderno”.

La respuesta fue dada, según expresaba el homenajeado, no como escritor ni como embajador, sino como “el hombre” que poco se identificaba con el retrato que de él habían dado, aunque sí se reconocía en sus esperanzas y anhelos. La vida, un tanto errabunda de sus últimos años, lo había puesto ante las necesidades de su país, donde cada uno tenía una contribución para dar:

Y [...] los que sólo sabíamos casar unas palabras con otras, salimos a dar la noticia, a contar el caso: a solicitar la amistad y el interés de los pueblos —todos somos de la misma carne— por un pueblo que sufría y que no se daba por vencido, por un montón de hombres que habían acertado a poner las manos sobre las interrogaciones más crueles de su historia.<sup>28</sup>

<sup>27</sup> “Nuestra demostración a Alfonso Reyes”, *Nosotros*, año XXI, vol. 58, núm. 221 (octubre de 1927), pp. 106-121. Además de Ricardo Rojas, hicieron uso de la palabra Emilio Suárez Calimano, secretario de *Nosotros*, y Aníbal Sánchez Reulet en nombre de la revista *Valoraciones*.

<sup>28</sup> *Ibid.*, pp. 118-119.

Tocábale ahora estar en Buenos Aires, lugar donde a la gente de su patria le parecía —“no sin razón”—, que estaba “el otro platillo de la balanza hispanoamericana”, lugar de simpatía y amistad prodigado a otros mexicanos, “caros en su afecto”.

Escrito desde París, donde tenía su residencia habitual bajo la protección de Simón Patiño —el “rey del estaño”—, *Nosotros* publicó un artículo de Alcides Arguedas (1879-1946), titulado “Bolivia, balance de un siglo”, al cumplirse los cien años del nacimiento patrio el 6 de agosto de 1925. Se remontaba al pasado desde lo geográfico a lo histórico-social para indicar que lo que había sido un amplio territorio había quedado reducido a una difícil región mediterránea, diezmada en su población por las sucesivas revoluciones y guerras, sumida en la mayor ignorancia y pobreza. A pesar de estos dos males se había progresado si se miraba a otros países que no tenían ambas dificultades, pues había “espíritu de empresa y energías latentes”: “El solo mal visible, palpable y palpitante en Bolivia, es el mal político, convertido en lacra viva y doliente capaz por sí solo de desorganizar el cuerpo vivo de la nación”.<sup>29</sup> Ese mal estaba en el “afán y el prurito” de los “caudillos criollos” para “improvisar hombres públicos”, sin capacidad e ignorantes de la historia, que omitían “sanas corrientes de opinión”, tal como acostumbraban los “mandones mestizos”. Ciento setenta revoluciones, motines, asonadas y golpes de Estado, impunemente realizados, daban por resultado la situación nacional en su Centenario.

El poeta peruano modernista José Santos Chocano (Perú, 1875-Chile, 1934), publicó en la revista, “Sobre mi *Ideas políticas*”,<sup>30</sup> artículo firmado en Santiago el 28 de noviembre de 1929, que no aludía a un libro propio, como podría pensarse, sino que era una manifestación de protesta a propósito de una invitación frustrada —por motivos políticos—, para visitar la ciudad de Mendoza (Argentina), mientras residía en Chile. Su vida trashumante le había llevado por distintos países e involucrado con ideas políticas que le causaron diversas zozobras y hasta el encarcelamiento en más de una oportunidad,<sup>31</sup> por lo que el

<sup>29</sup> Alcides Arguedas, “Bolivia, balance de un siglo”, *Nosotros*, año xx, vol. 54, núm. 209 (octubre de 1926), pp. 145-166. Una apreciación sucinta de su vida y obra puede verse en la entrada redactada por Renato Prada Oropeza, “Arguedas, Alcides”, en *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*, Venezuela, Biblioteca Ayacucho/Monte Ávila, 1995, tomo 1, pp. 320-321.

<sup>30</sup> José Santos Chocano, “Sobre mi *Ideas políticas*”, *Nosotros*, año xxiii, vol. 66, núm. 247 (diciembre de 1929), pp. 388-392.

<sup>31</sup> Cabe recordar que, además de ser encarcelado en su juventud por la dictadura de Andrés Bello Cáceres en el Perú, años más tarde fue acusado de asesinar al escritor

poeta desembocó en una actitud ambigua y escéptica, como otro tanto trasluce en su obra escrita acerca de la condición americana, hasta su asesinato en Santiago debido a un demente. Sin embargo, a lo largo de su actividad recibió honores, pero también ataques. En este artículo afirmaba ser un “espíritu libre” de toda afiliación política y de grupos de cualquier especie. Ello, decía, le permitía sentirse un “conservador o radical” cuando su criterio —“libre de prejuicios”—, se lo indicaba. Expresaba:

En México, estuve con la Revolución, esto es con Madero, Carranza y Villa, que fueron las tres figuras máximas de su tiempo. En Guatemala, estuve con el Gobierno, esto es, con Estrada Cabrera, contra el movimiento oligárquico que fue allí públicamente apoyado por la Legación de los Estados Unidos. En México y Guatemala, actué siempre a favor del “georgismo” —que aprendí en Rivadavia— y del “parlamentarismo” general que conocí en Lastarria.<sup>32</sup>

Afirmaba haber actuado en todos los casos con sinceridad, aún a riesgo de su vida, por ello no podía ser partidario de “todas las dictaduras”, ni de todos los “regímenes parlamentarios” o “congresos”, pues dentro de las repúblicas hispanoamericanas, eran “apócrifos e inútiles”.

Quisiéramos incluir en esta indagación la palabra femenina en la voz de la argentina Nydia Lamarque (Buenos Aires, 1906), abogada, escritora y “militante” de la causa americanista, con su artículo “La fuerza de América”, aparecido en el volumen que la revista editó a raíz de sus veinte años de creación.<sup>33</sup> No enunciaba ideas y conceptos nuevos si se hace un recorrido desde los orígenes de *Nosotros*, pero los suyos tienen el valor de ser reafirmados con motivo del aniversario. Expresaba que “América es una fuerza” en todas las manifestaciones, desde las físicas a las morales, aunque fuese difícil precisarlo. Indudablemente, el concepto de fuerzas morales circulaba en el ámbito intelectual al que pertenecía la autora, especialmente en la figura de José Ingenieros, para esa fecha ya fallecido (1925). La razón de remarcar lo nuevo, la vitalidad, el deseo de un alba renovadora para la humanidad, tenía como contracara la Primera Guerra Mundial; un hecho del que los intelectuales continentales dieron cuenta profusamente con re-

Edwin Elmore, en Lima, por lo cual estuvo en prisión entre 1925 y 1927. Estos datos no agotan otros aspectos de su vida que trasuntan sus avatares.

<sup>32</sup> *Ibid.*, pp. 390-391.

<sup>33</sup> Nydia Lamarque, “La fuerza de América”, *Nosotros*, año xx, vol. 57, núms. 219-220 (agosto de 1927), número de aniversario, pp. 489-496. La autora fue escritora y doctora en jurisprudencia, con actuación política destacada, aunque más tarde se dedicó a las letras.

flexiones interesantes y desde diversos ángulos. Lamarque hablaba en este caso de la América que se extendía desde México hasta el Estrecho de Magallanes, pero no sin objeciones al uso de la palabra, pues la apropiación de ella por parte de Estados Unidos le parecía casi un ultraje. Otro tanto con relación a los términos *hispanoamericano* y *latinoamericano*. América era una sola, pero la gran potencia había roto con su unidad espiritual, pasando de ser Norte América a Estados Unidos de América y, luego, simplemente América, al punto que al utilizar el gentilicio un europeo, por ejemplo, mentaba simplemente a esta nación. No era culpable el pueblo, sino la plutocracia gobernante que, olvidando el camino de George Washington, se había lanzado “por la vía del imperialismo”. Otro contrasentido se presentaba al denominar a nuestra América como *latina* o *hispanoamericana*, es decir, fijando sus lazos con Europa. Nada tenía que ver en su realidad nuestra tierra con aquella otra, decadente y llena de divisiones y resquemores entre sí. Sólo por necesidad terminológica se podía aceptar transitoriamente la delimitación entre el Norte y el Sur. América era “una”, incluido Canadá a pesar del tutelaje inglés, pero por el momento la delimitación a partir de México se presentaba como una necesidad:

Cuando toda la América haya entrado a desempeñar su misión histórica, el excesivo pragmatismo de los americanos de habla inglesa servirá de contrapeso a nuestro excesivo idealismo, restableciendo en los platillos el equilibrio [...] El alma del Norte y el alma del Sur, complementándose la una con la otra, darán algún día un resultado armónico que se llamará cultura americana.<sup>34</sup>

El agotamiento de Europa como un continente viejo, impuesto desde el momento mismo en que la cartografía e iconografía lo marcó, estaba (y está) presente y Lamarque lo señaló sin apelar a ese hecho, pero sí y especialmente al fenómeno inmigratorio. Los hijos se incorporaban rápidamente a las nuevas sociedades y por ellas luchaban: “Hay en él [en cada hijo] una facultad de purificación que pese al atavismo, limpia los espíritus de rencores ancestrales y los despoja de todo odio de raza o de nacionalidad”. Desde su mirada, el hombre americano, fundamentalmente descendiente de europeos, nacía con otra “pasta, con otro espíritu libre y amplio”, sin portar lo viejo. Y era tal esa unidad que nos sentíamos hermanados espiritualmente con los antiguos aborígenes, aún los descendientes caucásicos: “Jamás he podido considerar extranjeros a Guathemoc y Atahualpa aunque ningún vínculo de civilización o

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 494.

de raza me una a ellos, como no sea el simple hecho del nacimiento común en América”. Aquello que habíamos recibido de los europeos no había sido asimilado servilmente, pues todo había sido cribado por el tamiz americano, modificado y transformado a tal punto que era, finalmente, “un producto genuinamente americano”: “Cultura europea desde luego, pero ajustada al tono de América”. Por lo demás, si la hora americana no había aún llegado, estaba próxima, pues aquí se daba la “ilimitada esperanza humana”, donde las cuestiones se resolverían de acuerdo con una obra “nuestra”. Sin armas poderosas, libraríamos la batalla con dos grandes valores, ausentes en el Viejo Mundo: el tiempo y el espacio, que eran nuestros, no ya por acciones individuales, sino societariamente como “entidades colectivas”. Y concluía sus palabras apelando al título mismo de su escrito: “La fuerza de la juventud, la fuerza de la vida triunfante, he aquí en último término la fuerza de América”.

Hacia el fin de la década el uruguayo Emilio Frugoni, en un registro amplio y positivo de su visión acerca del arte propio, publicó un artículo que tituló “La sensibilidad americana”, teniendo en cuenta que a cada tipo de sensibilidad le correspondía un “género o matiz de opinión”, por lo cual pueblos distintos, con diferentes necesidades, tenían distintos modos de satisfacerla. Esto se hacía evidente en el arte popular, brotado de la espontaneidad de los espíritus regionales, pues: “Concebido el Arte como expresión histórica —sin duda la más alta expresión histórica por lo que dice, sugiere y significa en cuanto flor de un sitio y de una época— para adquirir sentido de Eternidad debe tener un sello inconfundible, un perfil propio”.<sup>35</sup> Esto es lo que se podía constatar en el arte americano indígena de sus costas pacíficas, cuya valorización se estaba dando, después de haber sido “despreciado por los explotadores extranjeros, que lo consideraron como de una raza inferior”.

Desde el fondo de la vida interior y colectiva, surgiría aquello que daría lugar a expresiones estéticas peculiares como reflejo del “alma de los tiempos en el destino continental”. Había, sin duda, elementos comunes pero también distintivos entre nuestros pueblos, pero el arte buscaría “una atmósfera espiritual” que abarcara “todas las latitudes” en sus formas y en sus contenidos, en su armazón estructural y en el fondo sustantivo. Y sobre este aspecto señalaba que la tragedia de la guerra europea había puesto al desnudo la “inferioridad moral y men-

<sup>35</sup> Emilio Frugoni, “La sensibilidad americana”, *Nosotros*, año XXIII, vol. 58, núm. 236-237 (enero-febrero de 1929), pp. 5-14, esp. p. 6.

tal” de quien había aparecido como un maestro ante un alumno, por ello se imponía la selección de lo que recibíamos, como parte constructiva para nuestras democracias sociales con la mirada puesta en el futuro: “América debe ser el filtro de Europa”, con su hospitalidad y “solidaridad superracial”; rasgo propio de la mentalidad americana, modo de llegar a una “conciencia estética continental de América para el Mundo”.

*Breves conclusiones*

**F**UENTE inacabable —de la que hemos tomado apenas una pequeña parte—, la revista *Nosotros* fue un hecho singular en nuestra cultura por la amplitud de ideas y por su larga vida. Esto no significa negar el valor de otras empresas editoriales que le fueron contemporáneas. Propició la integración intelectual y fáctica de los pueblos americanos, mediante la ayuda mutua que debían prestarse bajo el principio de la solidaridad. Vista hoy puede decirse que constituyó un intento de retrotraerse a los tiempos de la Independencia, cuando la idea de unidad estaba encarnada fuertemente. Éste fue un gesto no sólo esgrimido desde las palabras, impresas en páginas hoy amarillentas, sino también mediante el trato fraternal y el apoyo explícito a lo que resultase un bien para el avance de Latinoamérica. Sin que obligadamente se le otorgue la razón a lo que en esas páginas se decía, es parte del patrimonio cultural de medio siglo, cuya lectura nos recuerda cuántos temas siguen en pie para ser resueltos, aún cuando sabemos que la vida de los pueblos es siempre un proyecto inconcluso, cuya mira debería estar en el mejoramiento de las calidades de la existencia ciudadana.

La misión del intelectual —tema de importancia en todas las épocas— en la que se asumen diversas posiciones, reclamó en términos precisos la colaboración para la construcción de una nación en desenvolvimiento, atenta al contexto regional, tal como hemos intentado mostrar. Las disidencias, como en toda revista de opinión, fueron expuestas para marcar compromisos más cercanos a las nuevas resoluciones que la sociedad iba planteando. El mejor lugar no estaría en el muelle refugio de los claustros, sino en la responsabilidad social que le competía.

La apelación a la juventud de América fue una constante en la revista y se aprecia en lo aquí referido. Sin embargo caben al menos dos observaciones: la interpretación se movía dentro de cauces que podían aludir a los años de vida independiente, despojados ya de la tutela española, pero también a un pasado indígena que se evocaba

tímidamente. Pocas veces se reconocía a los pueblos originarios el valor de su cultura ancestral, lo cual llevaba a mentar la condición juvenil de América dentro de un modelo de “civilización”. El vocabulario de los autores a veces tiene términos e ideas finiseculares, como los de “nuestra América salvaje”, “inmensos territorios bárbaros”, “raza” —por ejemplo—, al que de algún modo se apelaba, sin que uno pueda cuestionar las sanas intenciones, pero dan cuenta de ideas muy arraigadas cuando ya se transitaba el siglo xx.

Sobre Europa había una idea de degradación que se aprecia desde los comentarios referidos a la Primera Guerra Mundial, pero en los años veinte hay que recordar que se sumaba la lectura de Oswald Spengler (1880-1936) con su famosa obra, *La decadencia de Occidente* —prontamente traducida por Manuel García Morente en 1923—, que en todo caso venía a reforzar aquella idea.<sup>36</sup> Obra que Alejandro Korn había considerado nociva para las patrias nuevas y que había sido recibida con incredulidad —según decía—, aun en su propia Alemania. Hacían falta principios motores de un bienestar extendido a todos los rincones latinoamericanos y poco favor se lograría con visiones pesimistas, por eso vale recordar las palabras expresadas en el título de Nydia Lamarque, “La fuerza de América”.

Hoy sabemos, de cara al Bicentenario, que sin modelos de inclusión política, social, económica y cultural, nos acercamos a una mayor debilidad como naciones. Y estas acciones deberían ser tomadas no sólo desde el interior de éstas, sino mancomunadamente, mediante acuerdos multinacionales, de un modo ejecutivo y eficaz. Ciertamente estas ideas no son nuevas y cualquier lectura de aquel pasado nos devuelve la otra cara de la moneda, la de las deudas pendientes y la de las proyecciones de lo que vendrá, bajo demandas imprescindibles.

---

<sup>36</sup> *Nosotros* publicó una extensa y elogiosa reseña de la misma, firmada por Alberto M. Etkin desde Río Cuarto (Córdoba, Argentina), *Nosotros*, año xviii, vol. 46, núm. 179 (abril de 1924), pp. 550-555. El autor colaboró con comentarios estéticos para la revista. Cf. Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente (bosquejo de una morfología de la historia universal)*, 1. *Forma y realidad*, Manuel García Morente, trad., Madrid, Calpe, 1923 (*Biblioteca de Ideas del Siglo xxi*). La obra se había publicado entre 1918 y 1922.

RESUMEN

Se indaga en la revista argentina *Nosotros* (1907-1943) la producción de artículos referidos a Latinoamérica durante la década de 1920. Entre los temas se destacan los referidos a la función del intelectual, la marcha de la Revolución Mexicana, la figura de José Vasconcelos, el gobierno de José Batlle y Ordóñez, la dictadura de Augusto Leguía, la visita del escritor Baldomero Sanín Cano, la presencia como embajador de Alfonso Reyes, el balance acerca de la historia boliviana hecho por Alcides Arguedas, una nota de protesta de José Santos Chocano, la voz de Nydia Lamarque al resaltar lo que llamó “la fuerza de América”, y las reflexiones sobre el arte latinoamericano escritas por Emilio Frugoni. Se concluye con unas breves notas de cara al Bicentenario.

*Palabras clave:* Revista *Nosotros*, Latinoamérica década de 1920.

ABSTRACT

We investigate the production of articles referred to Latin America in the Argentinean journal *Nosotros* (1907-1943). Among the main subjects we can point the following: the role of the intellectual; the Mexican Revolution; the figure of José Vasconcelos; José Batlle y Ordoñez’s administration; Augusto Leguía’s dictatorship; the visiting of the writer Baldomero Sanín Cano; the presence of the ambassador Alfonso Reyes; Alcides Arguedas’s evaluation of the Bolivian history; José Santos Chocano’s protest note; Nydia Lamarque’s statement stressing what she called “the strength of America”; the reflections on Latin American art by Emilio Frugoni. At the end, some concluding notes in face of the Bicentenary.

*Key words:* *Nosotros* journal, Latin America 1920 decade.